

Foro Interno. Anuario de Teoría Política

ISSN: 1578-4576

<http://dx.doi.org/10.5209/FOIN.53933>



EDICIONES
COMPLUTENSE

Alan Ryan, *The Making of Modern Liberalism*, Princeton University Press, Princeton, Oxford, 2012. 670 páginas. ISBN: 9780691148403.

La historia de la Modernidad es, en gran parte, la historia del liberalismo. Si desde el punto de vista del desarrollo de la tecnología y de las formas de vida, el capitalismo marca el nacimiento de una nueva época, el liberalismo parece ser su correlato político. Desde la filosofía de la libertad de la Ilustración, el liberalismo es la doctrina que entiende que, en lo fundamental, el nuevo sujeto moderno debe ser libre para poder elegir sus creencias y el modo en el que vive su vida.

En comparación con las doctrinas políticas de los siglos anteriores, caracterizadas por el miedo al estado de naturaleza (Thomas Hobbes [1588-1679]) o por la obediencia a un esquema teleológico (santo Tomás de Aquino [1225-1274]), el liberalismo es la filosofía política que intenta pensar el modo en el que el nuevo sujeto soberano puede convivir con otros sujetos igualmente soberanos, dentro de una sociedad de libres e iguales. Por eso, desde el principio, el liberalismo, además de una doctrina política que encuentra su hegemonía social en unas condiciones sociales e históricas dadas, también es el marco en el que se piensa una libertad que es universal y se quiere universalizable. Es decir, el momento en el que se entiende que no puede existir ningún ser humano al que no se le pueda reconocer la libertad de elección en todos los aspectos de su vida (pp. 21-44).

En *The Making of Modern Liberalism* se encuentran, justamente, estos dos elementos. Por una parte, el conjunto de ensayos que presenta el autor intenta pensar cómo el nuevo sujeto moderno puede convivir con otros sujetos, con el mismo derecho de soberanía, dentro de una sociedad marcada por la libertad de elección en los asuntos más importantes de la vida común. Además, es el intento de repensar, en un contexto contemporáneo, las posibilidades, más o menos nuevas, con respecto al momento de fundación del liberalismo, de que la doctrina liberal se convierta en una teoría aceptada y aceptable por todos.

Además, el texto posee la ventaja de que su unidad viene dada por el hecho de constituir una autobiografía en ideas, es decir, es una selección de la mayoría de artículos que su autor ha escrito a lo largo de su vida sobre la cuestión del liberalismo. Por este motivo, el libro tiene una doble unidad que lo convierte en una de las mejores obras que se han publicado en los últimos años para entender la historia del liberalismo desde sus orígenes hasta el presente.

De entre las numerosas corrientes en las que se ha desarrollado el liberalismo desde su fundación a principios del siglo diecinueve, Ryan toma un enfoque clásico. Su campo de estudio es el del liberalismo del mundo anglosajón de autores tales como Hobbes, John Locke (1632-1704) y John Stuart Mill (1806-1873). Menos atención reciben otras figuras importantes como Jean-Jacques Rousseau (1712-1778), Georg Wilhelm Friedrich Hegel (1770-1831) o Alexis de Tocqueville (1805-1859). Además, autores como Isaiah Berlin (1909-1997) (pp. 395 y ss.), Karl Popper

(1902-1994) (pp. 413 y ss.) o John Rawls (1921-2002) (pp. 505 y ss.) se discuten de forma más concisa, con un ensayo dedicado a cada uno.

Como no puede ser de otra manera, la primera tarea parece esclarecer el concepto de “liberalismo”. En este contexto, discute temas bien conocidos de la historia filosófica liberal: la distinción entre liberalismo clásico y moderno (pp. 23-26); la meritocracia como criterio social de ordenación social (pp. 65-68) o la confrontación, falsa según el autor, entre comunitaristas y liberales (pp. 91-96).

Sin embargo, entre todas ellas, ya destaca uno de los elementos más polémicos del relato filosófico del liberalismo que aquí se presenta. Bajo la idea de “liberalismo imperialista” (*liberal imperialism*) (pp. 107-122), Ryan se refiere a la tendencia natural de la doctrina liberal a expandirse por todo el planeta, al ser considerada la única que, realmente, promueve sociedades abiertas, igualitarias y prósperas.

En pocos lugares se encuentra una justificación tan detallada del imperialismo contemporáneo desde un punto de vista filosófico. Sin establecer un paralelismo con el concepto de *Empire* de Michael Hardt y Antonio Negri¹, lo cierto es que aquí queda explicado el desarrollo conceptual que lleva a los países liberales a pensar que sus instituciones políticas deben ser exportadas a todas las partes del planeta. Así, el liberalismo clásico, reformulado en esta versión imperialista que, por otro lado, ya estaba insinuada en los primeros liberales, aparece como la doctrina que justifica toda intervención política, esto es, militar en busca de la construcción de lo que se llaman sociedades abiertas².

La justificación de la superioridad del liberalismo consistiría en que es la única doctrina política que habría demostrado una eficiencia histórica a la hora de construir sociedades en las que sus individuos pueden desarrollarse y elegir cada uno las formas de vida que más les plazcan. Por este motivo, no habría razón para querer que toda sociedad humana civilizada no debiera ser liberal. La principal consecuencia de este razonamiento lleva directamente a la formulación de lo que hoy se ha llamado “neoliberalismo”³: si el liberalismo es la mejor doctrina política, ¿por qué no habría de serlo su correlato económico, el capitalismo? De este modo, el liberalismo habría conseguido, y con razón según este análisis, convertir a toda sociedad occidental en un marco en el que se puede hacer negocio con cualquier objeto disponible.

El problema aquí es el mismo que se encuentra en toda doctrina liberal, especialmente en la clásica: el desarrollo histórico de lo que ha sido el liberalismo desmiente que se trate de una ideología que garantice, más que otras, una sociedad libre. Igual que ha ocurrido con el marxismo, las contradicciones históricas que el liberalismo ha desencadenado ha convertido a esa doctrina en una utopía casi irrealizable en las condiciones actuales. En este sentido, ya desde comienzos del nuevo milenio, el movimiento anti-globalización empezó a desmentir una idea fundamental que se expresa en este “imperialismo liberal”: la globalización, lejos de ser un proceso de mejoramiento de las condiciones de vida, ha consistido, en general, en el acrecentamiento del poder de ciertas empresas multinacionales con el

¹ Cf. Michael Hardt y Antonio Negri, *Empire*, Harvard University Press, Cambridge, 2000.

² Este concepto fue desarrollado de forma sistemática por Karl Popper. Cf. Karl Popper, *The Open Society and Its Enemies*, Routledge & Kegan Paul, London, 1974.

³ Sobre el concepto de “neoliberalismo” y sus diferencias con el concepto clásico liberal, ver: Philip Mirowski and Dieter Plehwe (eds.), *The Road from Mont Pelérin: The Making of Neoliberal Thought Collective*, Harvard University Press, Cambridge, 2009.

objetivo de destruir los límites que, hasta ese momento, suponían los Estados-nación a su libre movimiento⁴.

La ya mencionada universalidad del liberalismo, su capacidad de poder ser apropiado por cualesquiera sociedad humana como la mejor de las doctrinas políticas posibles, encuentra aquí un apoyo más que sorprendente. Si a lo largo del libro, Ryan no deja de expresar su distancia sideral con respecto al análisis marxista de las clases (p. 470), aquí usa los famosos textos de Karl Marx (1818-1883) sobre la conquista de la India en los que este justifica la acción imperialista británica como una forma de disolución de los elementos regresivos de la cultura tradicional india, abriendo paso, a sangre y fuego, a la posibilidad de una verdadera sociedad emancipada en los nuevos territorios conquistados⁵. Aquí, queda alineada la versión mecanicista de una filosofía de la historia materialista que, sin embargo, no deja de estar presa de una teleología férrea, y la doctrina liberal universalista, para la cual esa misma teleología acaba siendo un aliado suyo (pp. 111 y ss.).

Salvo esta excepción, en general el eje temático del libro es el análisis pormenorizado de los autores clásicos del liberalismo. Por ejemplo, en la segunda parte “Liberty and Security”, Ryan se centra en la figura de Hobbes, y en menor grado en Locke y Rousseau. En el ensayo “Hobbes and Individualism” desarrolla la idea de que este autor sea uno de los primeros individualistas económicos, es decir, en el hecho de que exista una fundamentación hobbesiana de la figura del sujeto como un ser autosuficiente que no necesita de los lazos sociales y comunitarios para tener una vida próspera (pp. 186-200).

Otra de las figuras principales del texto es la de John Stuart Mill. Para Ryan, se trata de una de las figuras clave de la historia del liberalismo, especialmente del primer liberalismo. A través del análisis de sus ideas y de la reconstrucción del pensamiento liberal que nace de él, Ryan puede establecer comparaciones con otros autores como Rousseau, Russell, Berlin o Popper. No deja de ser un mérito del texto el que a través de estas comparaciones se puedan entender de forma detallada las diferencias, a veces sutiles, entre los teóricos clásicos del liberalismo.

Tal vez, una de las ideas-fuerza que está siempre latente a lo largo de todo el libro es la del rechazo del marxismo y su análisis de clase como metodología y como teoría política. Especialmente, en la cuarta parte “Liberalism in America”, Ryan se define como un antimarxista que rechaza el demasiado simplista análisis de las clases y el igualmente simplista materialismo histórico (p. 470).

Sin embargo, a partir de esta parte lo cierto es que la presentación de las ideas liberales no hace más que ponerse en oposición a las ideas marxistas. Por ejemplo, en “Locke and the Dictatorship of the Bourgeoisie” discute la afirmación de Crawford Brough Macpherson (1911-1987) de que en Locke hubiera una defensa moral de la dictadura de la burguesía, bajo la idea de que en el Estado descrito por Locke todos los hombres son accionistas (*shareholders*) (p. 537). Sin embargo, aquí la discusión con el marxismo se hace de una forma lateral, sin mencionar en ningún momento la cuestión de la dictadura del proletariado en la fase de transición del socialismo al comunismo. Ryan consigue tratar la cuestión de la hegemonía de una clase sobre otra a través de un sistema autoritario sin establecer una comparación directa con el

⁴ Esta es una de las tesis principales que hizo de *Empire* de Antonio Negri y Michael Hardt uno de los referentes en el movimiento de oposición a la globalización capitalista. Cf. Hardt y Negri, *Empire*.

⁵ Sobre los textos de Marx en torno a la conquista de la India, ver: Karl Marx and Friedrich Engels, *MEW*, vol. 9. Dietz Verlag, Berlin, 1975, pp. 132 y ss.

marxismo. Sin duda, la falta de una confrontación semejante le da a la discusión un carácter demasiado artificial, quedándose sin el beneficio de la comparación. Si hasta este momento todas las grandes figuras del liberalismo acaban siendo confrontadas con otros pensadores dentro de su misma corriente, aquí se demuestra que el método de la comparación tiene el límite del prejuicio antimarxista.

Pese a ello, la discusión directa con el marxismo queda relegada a la última sección de la obra, más en concreto en “Justice, Exploitation, and the End of Morality”. Ryan discute el hecho de que Marx, por un lado, rechace el capitalismo por injusto e inmoral, mientras que, por otro lado, repudia las afirmaciones morales como algo inútil y carente de valor (p. 603). Para Marx, según el autor, el capitalismo no sería ni justo ni injusto porque no sería posible una tematización marxista de la justicia (p. 604).

Una visión semejante refleja, en primer lugar, un defecto grave en el modo en el que el marxismo ha llegado hasta nuestro presente. Aquello que se conoció como “marxismo vulgar” durante el siglo veinte, y que no fue otra cosa que la simplificación de las teorías de Marx y Friedrich Engels (1820-1925) debido a la necesidad operativa de garantizar la supervivencia de un Estado absolutista como fue la Unión Soviética, ha llegado a ocupar el lugar del verdadero análisis de la crítica de la economía política de Marx. Desde este punto de vista, lo que hace Ryan es aplicar ese esquema simplificador a un problema complejo, el cual sí fue tematizado por el materialismo histórico en toda su amplitud.

Por otra parte, es probable que Ryan desconozca la diferencia que existe entre el llamado “joven Marx” anterior a las revoluciones de 1848 y el Marx “maduro”, el cual se centra en la crítica de la economía política, es decir, aquel que da lugar a *Das Kapital*. Esta distinción histórica es también metodológica, lo cual implica el hecho de que en un primer momento el problema de la naturaleza moral del capitalismo se planteó bajo el esquema de la crítica feuerbachiana a la filosofía del derecho de Hegel, mientras que en un segundo momento se hizo con los conceptos de la crítica de la economía política. Lo que Ryan no parece tener en cuenta es que la complejidad de la historia interna del marxismo (entendido como la historia del propio desarrollo de la obra de Marx) implica tratar el tema de la moralidad pero no con conceptos morales. En Marx no hay una tematización moral del problema de la legitimidad; lo que sí existe es el desarrollo de ese mismo problema con la metodología de la filosofía alemana post-idealista, en primer lugar, y de la crítica de la economía política clásica, en segundo lugar. Por este motivo, no deja de ser un déficit del libro el hecho de que el prejuicio anti-marxista de su autor impida establecer comparaciones mucho más fructíferas de las que aquí se presentan.

Cristopher Morales Bonilla
Investigador independiente
cmoralbon@gmail.com